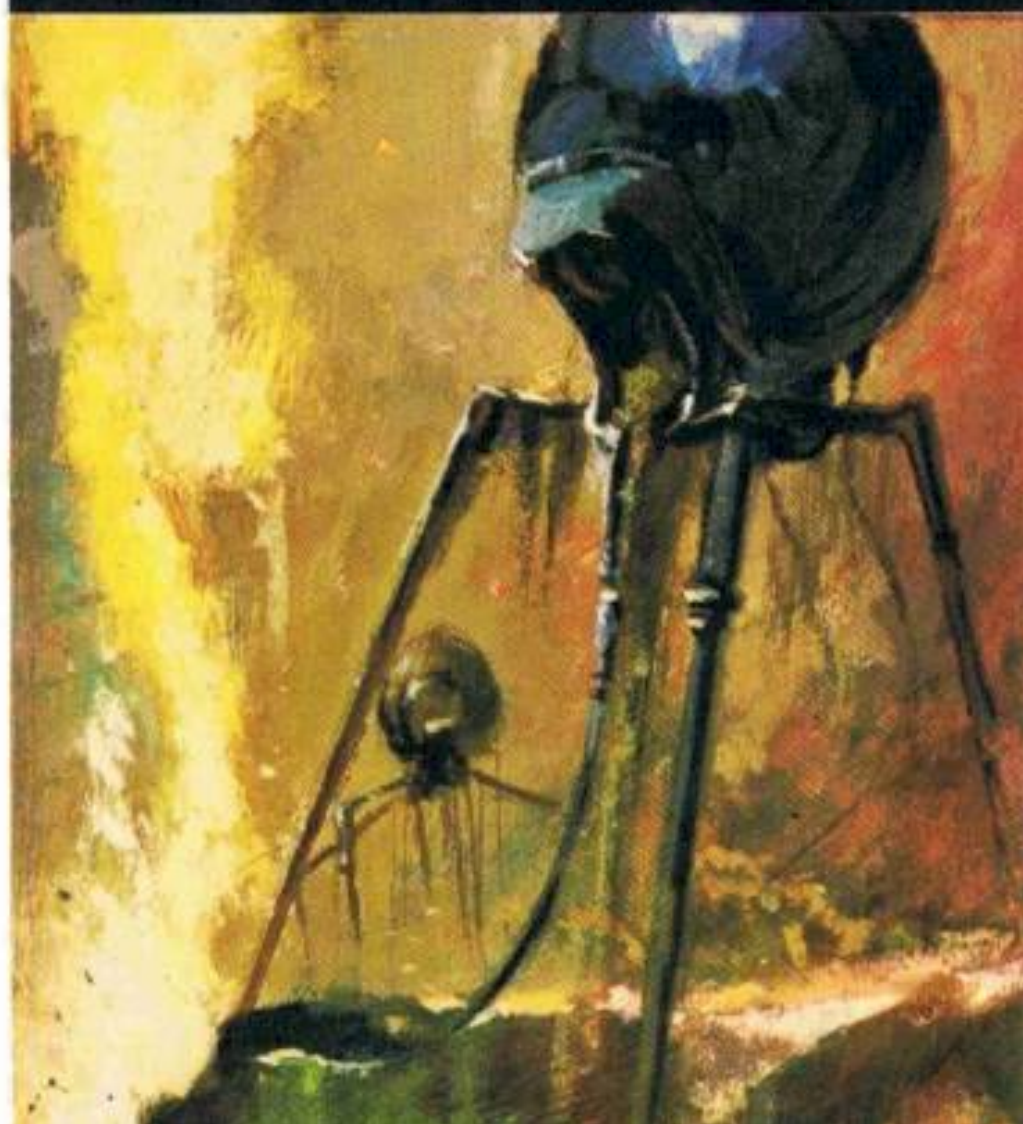


# CIENCIA FICCIÓN

# 1



Estas antologías son una selección de los relatos publicados en la revista estadounidense *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, considerada la más importante del mundo en los géneros de anticipación y fantasía científica.

## Contenido

*Problemas del genio creador (Problems of Creativeness)*  
Thomas M. Disch, 1967.

*Los hombres sin alma, o Los vitanuls (The Vitanuls)* John  
Brunner, 1967.

*El talismán cíclope (The Cyclops Juju)* Shamus Frazer,  
1967.

*Cuando los pájaros mueran*, Eduardo Goligorsky, 1967.

*La clave (The Key)* Isaac Asimov, 1966.

*Onda cerebral (Brain Wave)* S. y J. Palmer, 1967.

*Un húmedo paseo (A Walk in the Wet)* D. Etchinson,  
1966.

# PROBLEMAS DEL GENIO CREADOR

Thomas M. Disch

Sentía un dolor sordo, una especie de vacío en la zona del hígado, el asiento de la inteligencia, según la *Psicología* de Aristóteles; sentía como si alguien estuviese dentro de su cuerpo inflando un globo, y que aquel globo era su organismo. Unas veces lo ignoraba, pero otras no podía hacerlo, igual que cuando se tiene una encía hinchada e incesantemente se comprueba su estado con la lengua o un dedo. Se sentía enfermo y las piernas le dolían de estar tanto tiempo sentado.

El profesor Offengeld estaba hablando de Dante. Dante había nacido en 1265. «Nació en 1265», escribió en su cuaderno.

Se habría sentido igual aun a pesar de la frialdad de Milly, pero esto no hacía más que empeorar las cosas. Milly era su chica, y ambos se amaban, pero durante las tres últimas noches ella le esquivaba ostensiblemente, diciendo que tenía que estudiar, o alegando cualquier otra excusa absurda.

El profesor Offengeld hizo una observación jocosa y los demás alumnos que se hallaban en el auditorio se echaron a reír. Birdie estiró las piernas por el pasillo y bostezó.

—El infierno que Dante nos describe, es el que cada uno de nosotros llevamos secretamente en lo más recóndito de nuestra alma —aseguró Offengeld, solemnemente.

Tonterías, se dijo para sus adentros. Todo eso era un montón de tonterías. Escribió «tonterías» en su cuaderno, y luego dio a las letras un aspecto de relieve, sombreando los lados con todo cuidado.

Offengeld les hablaba ahora acerca de Florencia, de los papas y esas cosas.

—¿Qué es simonía? —preguntó el profesor.

Birdie estaba escuchando, pero no se dio cuenta de la pregunta. En realidad no la oyó, pues trataba de reproducir en su libreta el rostro de Milly, aunque no sabía dibujar demasiado bien. Exceptuando las calaveras. Estas le salían espléndidamente. Tal vez debió haber asistido a una escuela de Bellas Artes. Convirtió la cabeza de Milly en una calavera con larga cabellera rubia. Se sintió aún más enfermo.

Ahora le dolía el estómago. Quizá era la barrita de Synthamon que había tomado en lugar de una comida caliente. No se sometía a una dieta equilibrada, y eso era un error. Durante más de dos años había comido en cafeterías y descansado en dormitorios comunes. Desde que se diplomó en la escuela de enseñanza secundaria, para ser más exactos. Aquella vida era un infierno. Necesitaba un hogar, una existencia regular. Tenía que sentar cabeza, en suma. Cuando se casara con Milly iban a tener lechos gemelos. Tendrían un apartamento de dos habitaciones para ambos, y una de las estancias serviría sólo de alcoba. En ella no habría nada más que dos lechos. Se imaginó a Milly en su elegante uniforme de azafata, y luego comenzó a desnudarla mentalmente. Cerró los ojos. Le quitó primero la chaquetilla con la insignia de la Pan-American sobre el pecho izquierdo. Luego soltó el broche de la cintura y descorrió la cremallera. Deslizó la falda por encima del terso pantaloncito. Éste era del tipo antiguo, con encajes en los dobladillos. También la blusa estaba confeccionada de un modo tradicional, con muchos botones. Era engorroso soltar tantos botones. Birdie perdió interés en la imagen.

Los reos de pecados de la carne se hallaban en el primer círculo, dijo el profesor, porque su pecado era menor. Francesca de Rímini, Cleopatra, Elizabeth Taylor. La clase entera celebró la bromita del profesor Offengeld. Todos co-

nocían a Elizabeth Taylor por la asignatura de Historia del Cine, cursada el año anterior.

Rimini era una ciudad de Italia.

¿A quién demonios podía interesarle semejante tostón? ¿Qué importaba el lugar donde había nacido Dante? Tal vez nunca había existido. Aun así, ¿en qué podía afectarle a él, Birdie Ludd?

En nada.

¿Por qué no se decidía a hacerle esas preguntas a Offengeld? ¿Por qué no le pedía que se callara de una vez?

La razón principal era que Offengeld no se encontraba allí. Lo que parecía el profesor era en realidad un flujo de electrones dentro de un gran cristal sintético. El Offengeld de carne y hueso había muerto dos años antes. En vida, el profesor fue considerado como el mayor erudito en los estudios sobre Dante y su literatura, y por ello el Consejo Educativo Nacional estaba empleando sus cintas aún.

Aquello era ridículo. Dante, Florencia, los papas simoníacos... Ahora ya no estaban en la condenada Edad Media, sino en el condenado siglo XXI, y él era Birdie Ludd, estaba enamorado, se encontraba solo y sin trabajo, y no podía hacer nada para remediarlo, nada en absoluto, ni disponía de un solo lugar donde refugiarse en todo aquel hediondo país.

La sensación de vacío que experimentaba en el interior del pecho se acentuó, y de nuevo trató de pensar en los botones de la imaginaria blusa de Milly, así como en la carne tibia y familiar que había debajo. Seguía sintiéndose enfermo. Rompió la hoja con la calavera dibujada, no sin echar una ojeada culpable al cartel que había sobre el estrado del auditorio, y que decía: EL PAPEL ES VALIOSO. NO LO DESPERDICIES. Entonces dobló los trozos con cuidado y siguió doblándolos hasta que fueron demasiado gruesos para seguir con la operación. Por fin introdujo el papel en el bolsillo de su camisa.

La muchacha que se sentaba a su lado le estaba mirando con mala cara por desperdiciar el papel de esa forma. Como otras chicas vulgares, era una acérrima conservadora, pero tenía excelentes notas, y Birdie contaba con ella para pasar los exámenes finales. Por consiguiente, le dirigió una sonrisa. Tenía una sonrisa realmente simpática. Todo el mundo se lo decía. Su único problema era la nariz, demasiado chata.

El profesor Offengeld dijo en ese momento:

—Y ahora vamos a realizar una pequeña prueba de asimilación. Por favor, cierren sus cuadernos y colóquenlos debajo de los asientos.

Su imagen se desvaneció, y se encendieron las luces del auditorio. A continuación, una voz grabada resonó en la sala:

—¡No hablen, por favor!

Cuatro monitores negros procedieron a distribuir las hojas con el cuestionario a los quinientos estudiantes que había en el auditorio.

Volvieron a debilitarse las luces y la primera elección múltiple apareció en la pantalla:

1. Dante Alighieri nació en: a) 1300, b) 1265, c) 1625, d) fecha desconocida.

Por lo que a Birdie se refería, la fecha era desconocida. La perra que se sentaba a su lado estaba ocultando su cuestionario. ¿Cuándo diablos habría nacido Dante? Había escrito la fecha en el cuaderno, pero no la recordaba. Alzó la vista para mirar de nuevo la pregunta, pero ya habían colocado la segunda en la pantalla. Hizo una señal en el espacio (c), y luego la borró, sintiendo vagamente que no estaba acertado; mas, al fin, volvió a trazar la misma marca. Cuando levantó de nuevo la mirada, aparecía ya la cuarta pregunta en la pantalla.

Esta vez debía elegir entre una serie de nombres ridículos de los que nunca había oído hablar. Aquel maldito cuestionario no tenía pies ni cabeza. Irritado, marcó la (c) en to-



das las preguntas, por anticipado, y luego entregó la hoja de papel al monitor que estaba en la parte anterior de la sala. El individuo le dijo que no podía abandonar el auditorio hasta que terminase la prueba. Birdie tomó asiento en un rincón oscuro y procuró pensar en Milly. Algo marchaba mal, pero no sabía lo que era. Sonó en ese momento la campanilla, y todos lanzaron un suspiro de alivio.

El número 334 de la calle 11 era uno de los veinte edificios idénticos que se construyeron en 1980 bajo el primer programa MODICUM, del Gobierno federal. Cada edificio tenía veintiún pisos (uno para tiendas, y el resto para viviendas), y las plantas presentaban forma de esvástica, con los brazos abiertos hacia cuatro apartamentos de tres habitaciones (para parejas con hijos), y seis apartamentos de dos habitaciones (para parejas sin hijos). Por consiguiente, cada edificio podía albergar a 2.240 ocupantes sin que se sintieran hacinados. El polígono, que ocupaba una zona de menos de seis manzanas de casas, albergaba una población de 44.800 almas. Había sido una notable realización, para su tiempo.

«¡Cállense!» Alguien, un hombre, estaba gritando por el patio de ventilación del número 334 de la calle 11. «¿Por qué no se callan, de una vez?» Eran las siete y media, y el individuo llevaba chillando cuarenta y cinco minutos por el patio, desde que regresara de su trabajo (tres horas lavando platos en una cafetería). No era fácil saber a quién le gritaba. En otro apartamento, una mujer vociferaba, dirigiéndose a un hombre: «¿Qué significa esto, veinte dólares?» Y el hombre le replicó, no menos sonoramente: «¡Veinte dólares; eso es lo que significa!»

Numerosas criaturas lanzaban vagidos de descontento, y otros niños mayores hacían ruidos más fuertes mientras jugaban a las guerrillas en los pasillos. Birdie, sentado en la escalera, alcanzaba a ver, en el piso inferior, a una chiquilla

negra de trece años que bailaba en aquel lugar, frente a la luna de un armario, y cantaba acompañando la música de un transistor que mantenía en el hueco de sus senos adolescentes. *No puedo decir cuánto le amo*, tronaba la radio, a todo volumen. No era una canción que agradase especialmente a Birdie Ludd, pero estaba catalogada en el tercer lugar del listado de éxitos del país, y eso quería decir algo. La muchacha tenía un trasero bastante atractivo; Birdie pensó que la chica iba a hacer estallar las costuras de su pantaloncito de calle. Trató él de abrir la estrecha ventana que comunicaba la escalera con el patio de ventilación, pero se hallaba atascada. Retiró las manos cubiertas de hollín, y lanzó débilmente una maldición. «¡Ni siquiera puedo oír lo que pienso!», aulló el hombre por el patio.

Al oír que alguien subía, Birdie se sentó, abrió su libro de texto e hizo como que estaba leyendo. Pensó que tal vez sería Milly (fuera quien fuese, usaba tacones altos), y en la garganta comenzó a hacerse un nudo. En el caso de que fuera Milly, ¿qué iba a decirle él?

Pero no era Milly. Tan sólo se trataba de una anciana que llegaba cargando con el bolso de la compra. Se detuvo en el rellano, debajo de Birdie, se apoyó en la baranda, suspiró y dejó en el suelo la bolsa. Luego se colocó un pali- llo rosado de Oralina entre los flácidos labios, y al cabo de unos segundos sonrió a Birdie. Éste frunció el ceño y se enfrascó en la contemplación de una mala reproducción de *La muerte de Sócrates*, de David, que figuraba en su texto.

—Estudiando, ¿verdad? —inquirió la anciana.

—Sí, eso es lo que estoy haciendo. Estudiando.

—Así me gusta.

La vieja se quitó el tranquilizante de la boca, y lo mantuvo entre los dedos índice y medio, como si fuera un cigarrillo. Se ensanchó su sonrisa, como si estuviera pensando alguna ocurrencia graciosa.

—Es muy conveniente que los jóvenes estudien —de-claró al fin, entre risitas.

La radio comenzó a emitir un nuevo anuncio de la Ford. Era uno de los favoritos de Birdie, y éste deseó que el viejo achacoso se callara para poder oírlo.

—No se puede ir a ninguna parte, en estos días, sin tener estudios —insistió ella.

Birdie siguió mudo. La vieja se decidió a abordar un nuevo tema.

—Estas escaleras... —dijo, y se calló.

Birdie, irritado, levantó la mirada del libro.

—¿Qué pasa con las escaleras? —preguntó.

—¿Qué pasa? Pues que los ascensores están estropeados desde hace tres semanas. Eso es lo que pasa. ¡Tres semanas!

—¿Y qué?

—Pues que ya podían arreglarlos, de una vez. Pero no hace uno más que llamar a la oficina de MODICUM, y le contestan con evasivas. Es inadmisibile.

A Birdie le hubiera gustado amordazarla. Le estaba estropeando el anuncio. Además, hablaba como si hubiera pasado toda su vida en algún edificio privado, y no en un mísero suburbio de MODICUM. En realidad hacía años, y no semanas, que los ascensores de aquel edificio no funcionaban.

Con gesto de disgusto, Birdie se hizo a un lado en el escalón para que la anciana pudiera pasar por donde él estaba. Subió ella tres escalones, hasta que su rostro estuvo a la altura del de Birdie. La mujer olía a cerveza, a Synthamon y a vejez. Él odiaba a los viejos. Le irritaban sus rostros arrugados y el contacto de su piel fría y reseca. Precisamente porque había tantos viejos, Birdie Ludd no podía casarse con la muchacha que amaba, ni le permitían tener un hijo. Eso era una verdadera vergüenza.

—¿Qué estás estudiando?

Birdie echó una ojeada al pie de la ilustración, que no había leído antes.

—Sócrates —repuso él, acordándose vagamente de algo que había dicho el profesor de Historia de Arte—. Es el tema del cuadro, un cuadro griego.

—¿Vas a estudiar pintura, u otra cosa?

—Otra cosa —dijo Birdie, secamente.

—Eres el amigo de Milly Holt, ¿no es cierto?

No hubo respuesta.

—¿Acaso la estás esperando esta noche?

—¿Hay una ley que prohíba esperar a alguien?

La vieja se rió ante el rostro de él, y luego se dispuso a seguir hasta el próximo rellano. Birdie trató de no mirarla, pero no pudo evitarlo. Se miraron a los ojos, y ella volvió a reírse. Sin poder contenerse, Birdie le preguntó de qué se reía, y la vieja replicó en seguida:

—¿Hay alguna ley que prohíba reírse?

A continuación siguió lanzando carcajadas, hasta que éstas se convirtieron en una tos ronca, como la que recordaba de una película de educación sanitaria acerca de los peligros del tabaco. Birdie se preguntó si la vieja sería una adicta al vicio. Él conocía a numerosos hombres que fumaban, pero aquello parecía repugnante en una mujer.

Varios pisos más abajo se oyó el sonido de una puerta al cerrarse. Birdie miró por el abismo del pozo de la escalera, y pudo ver una mano que ascendía por la barandilla. Tal vez era la de Milly. Los dedos eran delgados, como los de ella, y las uñas pintadas de color dorado. No obstante, en la tenue luz de la escalera, resultaba difícil asegurar algo. Un sentimiento de esperanza le hizo olvidar la risa de la anciana, el hedor de la basura y los gritos que se oían por todas partes. El pozo de la escalera se convirtió en el escenario de un romance, como los de la televisión.

La gente le había dicho siempre que Milly era lo suficientemente hermosa como para poder ser actriz. Y él mismo hubiera tenido mucho mejor aspecto de no haber sido por la nariz. Ya imaginaba cómo exclamaría ella: «¡Birdie!»,

cuando le viera esperándola; cómo le besaría, y le haría entrar en seguida en el piso de su madre...

Al llegar al piso once o doce, la mano abandonó la baranda y no volvió a aparecer. Evidentemente, no había sido Milly.

Echó una ojeada a su reloj «Timex», garantizado. Eran las ocho en punto. Aún podía aguardar un par de horas a Milly. Luego tendría que tomar el Metro, de regreso a su alojamiento; una hora de viaje. De no ser por los exámenes, habría seguido esperando allí toda la noche.

Volvió a sentarse, para estudiar Historia del Arte. Observó la reproducción del cuadro de Sócrates bajo la luz mortecina. El griego sostenía con una mano una gran copa, y con la otra estaba señalando a alguien. En modo alguno parecía estar muriéndose. El examen semestral de Historia del Arte sería al día siguiente, a las dos de la tarde. Tendría que estudiar a fondo. De nuevo examinó la ilustración. ¿Por qué pintaría cuadros la gente, después de todo? Siguió mirando hasta que le dolieron los ojos.

En algún lugar estaba llorando un niño. «¡Silencio! ¿Por qué no se callan de una vez? ¿Han perdido el juicio?» Una pandilla de andrajosos, que jugaban a guerrilleros birmanos, bajó corriendo las escaleras, y un minuto después otro grupo, éste de tropas norteamericanas, pasó persiguiéndolos y gritando barbaridades.

Mientras seguía contemplando la ilustración en la penumbra, Birdie comenzó a llorar. Estaba seguro, aunque no era capaz de admitirlo a viva voz, de que Milly le estaba engañando. Él amaba tanto a Milly, era tan hermosa... La última vez que la vio le llamó estúpido. «Eres un estúpido —le dijo—, y me pones enferma.» Pero era tan hermosa...

Cayó una lágrima sobre la copa de Sócrates, y fue absorbida por el papel barato del libro. La radio comenzó a transmitir un nuevo anuncio. Poco a poco fue serenándose. ¡Debía esforzarse por estudiar, caramba!

Vamos a ver, ¿quién demonios era Sócrates?

El padre de Birdie Ludd era un hombre rollizo, con una barbilla huidiza y nariz chata, como su hijo. Desde la muerte de su esposa, había vivido en un dormitorio de MODICUM para hombres maduros, donde Birdie le visitaba una vez al mes. No tenían nada de qué hablar, pero la gente de MODICUM insistía en que los miembros de las familias debían seguir unidos. La vida familiar era la fuerza de cohesión más poderosa que había en cualquier sociedad. Se veían en la sala de visitas, y si alguno de los dos había recibido una carta de los hermanos o hermanas de Birdie, hablaban un poco de ello. También miraban algo la televisión (especialmente si había partido de béisbol, pues el señor Ludd era apasionado seguidor de los Yanquis). Luego, poco antes de marcharse Birdie, su padre le pedía prestados cinco o seis dólares, ya que la asignación que recibía de MODICUM no le bastaba para proveerse de Thorazina. Birdie, claro está, nunca tenía nada para prestar.

Cada vez que el muchacho visitaba a su padre, se acordaba del señor Mack. Éste había sido su consejero tutor en la clase superior de P.S. 125 y, como tal, desempeñó un papel mucho más importante en la vida de Birdie que su propio padre. Se trataba de un hombre calvo, de edad madura, con un vientre tan protuberante como el del padre de Birdie, y una característica nariz judía. Birdie siempre tuvo la impresión de que el consejero le tomaba a broma, que su benevolencia era un disfraz bajo el cual escondía un desdén ilimitado, y que sus buenos consejos no eran más que una burla. Lo malo era que Birdie no podía hacer otra cosa que aguantar. El señor Mack era quien tenía la sartén por el mango, y había que obedecerle.

En realidad, el señor Mack experimentaba una especie de tibia simpatía hacia Birdie Ludd. De los diversos estudiantes que habían fracasado en la REGENT, Birdie era, sin duda, uno de los más simpáticos. Nunca se comportó con

violencia o grosería durante las entrevistas, y siempre parecía estar dispuesto a intentar lo mejor.

—Lo cierto es —le había dicho una noche el señor Mack a su mujer, confidencialmente (ella también hacía como de consejera tutora)— que se trata, a mi juicio, de un magnífico ejemplo de falta de adaptación al sistema, porque el muchacho es básicamente decente.

—Vamos, vamos —repuso ella—. Tú sí que eres básicamente un viejo bonachón.

En realidad el caso de Birdie no era tan excepcional. El Congreso había aprobado la ley de Revisión Genética (REGENT, como era vulgarmente conocida) en el año 2011, siete antes de que Birdie hubiera cumplido los dieciocho años y tuviera que someterse a ella. Pero ahora la agitación y las protestas habían concluido, y el sistema parecía desenvolverse con toda normalidad. Las cifras de la población se habían mantenido invariables desde el año 2014.

El primer decreto instituido en ese ámbito, en 1998, era menos concreto. En él, simplemente se especificaba que los individuos evidentemente indeseables, desde el punto de vista genético, como los diabéticos, los locos peligrosos y los idiotas, no tendrían el privilegio de poder reproducirse. También se les negaba el voto. El decreto de 1998 no encontró virtualmente oposición alguna, y fue fácil implantarlo, ya que por aquella época los métodos cívicos anti-conceptivos se aplicaban en todas partes, menos en las zonas rurales más atrasadas. La principal misión del decreto de 1998, fue preparar el camino al sistema de la REGENT.

Esta prueba comprendía tres partes: en primer lugar, el ya conocido examen de Stanford-Binet, relativo a la inteligencia; luego el Skinner-Waxmann, de potencial creador (que consistía, en gran parte, en elegir una serie de líneas punteadas especiales), y por fin la prueba O’Ryan-Ejército, de aptitud física, con el examen de metabolismo. Los candidatos fracasaban si recibían una puntuación que, en dos de las tres pruebas, estuviera por debajo del límite admiti-